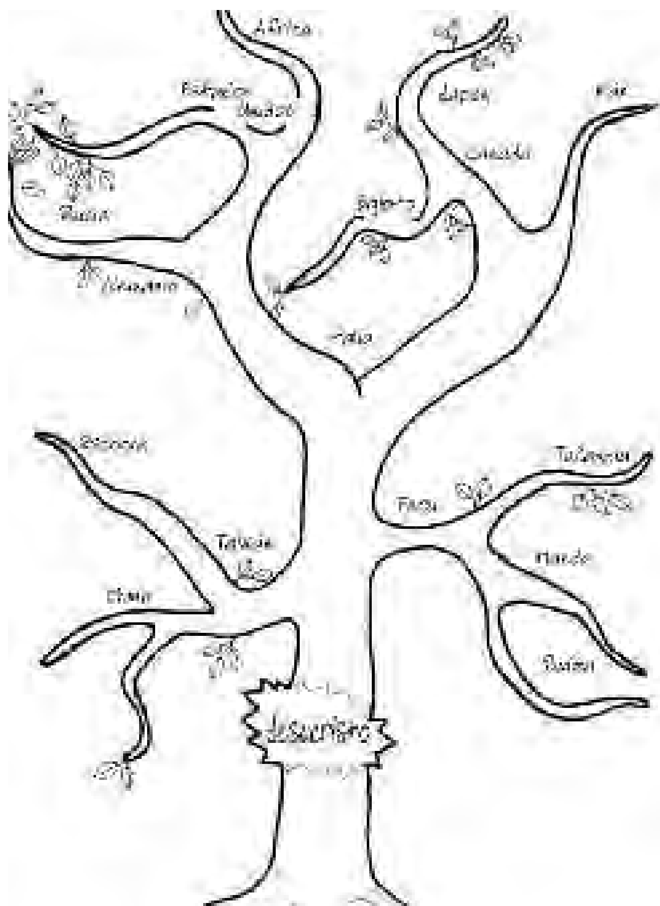
Viviendo como hijos de Dios



«¡Fíjense qué gran amor nos ha dado el Padre, que se nos llame hijos de Dios! ¡Y lo somos! El mundo no nos conoce, precisamente porque no lo conoció a él».
1 Juan 3: 1

Creciendo en el conocimiento de Dios

Sábado
8 de agosto

INTRODUCCIÓN

1 Juan 3: 1

¿De qué tamaño es tu familia? En casi todas las familias hay hermanos y hermanas. Yo solamente tengo un hermano, pero mi esposa tiene siete hermanos y hermanas. Lamentablemente, no todas las familias cuentan con dos progenitores. Incluso algunas que cuentan con sus dos padres no poseen una atmósfera familiar apropiada. Esta es la realidad del mundo en que vivimos. Desde la entrada del pecado, Satanás ha intentado destruir a la familia que es una institución de origen divino. Todos nosotros quizá hemos sufrido en algún momento a causa de las imperfecciones de nuestros padres.

Dios tiene un lugar en su corazón para cada uno de nosotros.

Sin embargo, existe un Padre que es perfecto. Todos conocemos a su único hijo, a Jesús. Pero él no se contentó con tener un solo hijo. Su amor es tan grande que necesitaba compartirlo. Él ha invitado a todos sus seres creados para que formen parte de su familia, para que se conviertan en sus hijos. Es obvio que físicamente no es posible que todos seamos sus hijos, pero sí podemos por adopción.

Una vez le preguntaron a un hijo adoptado qué concepto personal tenía él de la adopción. Su respuesta fue que «ser adoptado significa que me formé en el corazón de mi madre, en vez de hacerlo en su vientre». Aunque no hayamos sido concebidos por el Espíritu Santo, todos hemos sido engendrados en el seno de Dios. ¡Qué tremenda declaración! Dios tiene un lugar en su corazón para cada uno de nosotros, aunque hayamos sido maltratados, rechazados o desatendidos por nuestros padres terrenales. Él nos ama como ningún padre terrenal podría hacerlo.

Desde luego, ser un hijo de Dios implica algunas obligaciones. Debemos imitar a nuestro Padre. En la actualidad no estamos físicamente en su presencia, pero él nos ha revelado lo necesario acerca de él en su Palabra, en su creación, así como en nuestros hermanos y hermanas. De esa forma podremos verlo a nuestro alrededor. Al aprender cómo ser semejantes a él, podremos reflejar su carácter ante los demás. De esa forma todos aquellos con quienes nos relacionemos conocerán que somos hijos de Dios.

Esta semana vamos a estudiar respecto a lo que significa vivir como un hijo de Dios en nuestra época. En un tiempo cuando ¡nos preparamos para estar en persona con nuestro Padre celestial”

Gary Case, Baton Rouge, Louisiana, EE.UU.

Domingo
9 de agosto

Una decisión de vida o muerte

LOGOS

Génesis 3: 5; Sal. 51: 4; Isaías 1: 2; Juan 1: 12; Hebreos 9: 26, 28; 1 Juan 3: 1-10

Nuestro verdadero carácter se muestra en las decisiones que tomemos. Cada decisión tomada hace que la próxima sea más fácil.

Pobres decisiones (Gén. 3: 5; Isa. 1: 2)

El amor requiere libertad para elegir y Dios nos creó con ella. En el Edén Adán y Eva estaban sujetos a una sola regla. Solamente había una cosa que debían evitar. Pero Eva desobedeció a Dios porque pensaba que se le impedía alcanzar su pleno potencial. Adán prefirió el compañerismo de Eva antes que la comunión con Dios. Gran parte de la rebelión de los cristianos contemporáneos va por el mismo camino. Pensamos que nuestras ideas son mejores que las de Dios, o deseamos más la compañía de nuestros semejantes que la de él.

Otra oportunidad para escoger acertadamente (Heb. 9: 26, 28; 1 Juan 3: 8)

La justicia divina demanda nuestra muerte ya que somos pecadores. Sin embargo el inigualable amor de Dios rehúsa destruirnos. ¿Cuál sería entonces la única solución a este dilema? La muerte de Cristo. La misma satisfaría la justicia divina sin recurrir a nuestra muerte eterna. El sacrificio de Cristo destruyó las ataduras con que Satanás nos aprisionaba y nos concedió otra oportunidad para vivir con Dios para siempre. Cristo salvará a sus hijos al momento de su segunda venida y eventualmente destruirá a los hijos del diablo, eliminando al pecado de su creación para siempre.

Escogiendo unirnos a la familia de Dios (Juan 1: 12; 1 Juan 3: 1)

Somos pecadores de nacimiento, aunque esto no es por nuestra elección. Esto no nos hace elegibles para ser miembros de la familia de Dios. Pero si aceptamos a Jesús como nuestro Salvador y le entregamos nuestra voluntad, tendremos derecho a ser llamados hijos de Dios.

Escogiendo vivir con la familia de Dios (Sal. 51: 4; 1 Juan 3: 4-8, 10)

Nos hemos especializado en manipular de manera creativa la Palabra de Dios con el fin de que se adapte a nuestros deseos, en lugar de que los mismos se adapten a su Palabra. En lugar de reconocer nuestro pecado y arrepentirnos como David, buscamos excusas para nuestras acciones o rehusamos asumir plena responsabilidad por las mismas.

A menudo, tratando de encontrar aceptación y tolerancia, nos encontramos siguiendo los dictados del estribillo: «No te preocupes por las cosas sin importancia». Pero todo lo relacionado con nuestro destino eterno espiritual no es asunto de «poca importancia». Pero muchas de las cosas que consideramos intrascendentes son las que nos pueden alejar de Dios. O marchamos al compás de sus normas y de su carácter, o somos gente «sin ley».

«Cuando Cristo se humanó, se unió a sí mismo a la humanidad con un lazo de amor

que jamás romperá poder alguno, salvo la elección del hombre mismo. Satanás constantemente nos presenta engaños para inducirnos a romper este lazo: elegir separarnos de Cristo. Sobre esto necesitamos velar, luchar, orar, para que ninguna cosa pueda inducirnos a elegir otro maestro; pues estamos siempre libres para hacer esto. Mas tengamos los ojos fijos en Cristo, y él nos preservará».[1]

Buscando la perfección (1 Juan 3: 2, 3, 9)

Los robles del sur de Norteamérica pueden vivir cientos de años, alcanzando hasta veinte metros (unos sesenta pies) de altura y un diámetro de más de treinta metros (unos cien pies). Su madera es de gran dureza. Un barco norteamericano, el *USS Constitution* estaba construido con madera de roble. Se cuenta que durante la guerra de 1812 contra Inglaterra, las balas de los cañones ingleses rebotaban contra la dura madera de roble de sus costados. Y pensar que todas las instrucciones que necesita este árbol para alcanzar su máximo potencial, están encerradas en el código genético de sus semillas que apenas alcanzan una pulgada de largo.

En 1 Juan 1: 10 se nos dice que nadie está libre de pecado. Entonces, ¿de qué habla Juan cuando afirma que los que «son nacidos de Dios» no pecarán? La clave está en la «semilla» que cada hijo e hija de Dios recibe. Siempre y cuando el creyente siga las instrucciones que se encuentran en la semilla, él o ella crecerá hasta alcanzar el carácter perfecto de Dios.

«Dios exige que sus hijos sean perfectos. Su ley es una copia de su propio carácter, y es la norma de todo carácter. Esta norma infinita es presentada a todos a fin de que no haya equivocación respecto a la clase de personas con las cuales Dios ha de formar su reino. La vida de Cristo sobre la tierra fue una perfecta expresión de la ley de Dios, y cuando los que pretenden ser hijos de Dios llegan a ser semejantes a Cristo en carácter, serán obedientes a los mandamientos de Dios».[2]

¿Sabes de quién eres hijo o hija? ¿Estás tratando de decidirlo?

Escogiendo hoy (1 Juan 3: 10)

¿Sabes de quién eres hijo o hija? ¿Estás tratando de decidirlo? Quizá estás tratando de ganar tiempo hasta que hayas resuelto algunas cosas en tu lista personal. Asuntos que son de relevancia, pero que temes no vayan de acuerdo con el plan de Dios. Bien, el apóstol Juan tiene algo que decirte. Tú eres ya parte de una familia. Siempre lo has sido. Juan lo presenta de forma muy clara: o eres hijo de Dios, o eres hijo del diablo. No existen en este caso huérfanos, ni menores que hayan alcanzado su mayoría de edad. Así que ¿de quién eres familia? La decisión es tuya; es momentánea, diaria.

PARA COMENTAR

1. ¿En qué sentido una decisión puede hacer más fácil a la siguiente?
2. Tomando en cuenta tus decisiones más recientes: ¿A quién te estás acercando más? ¿A Dios o a Satanás?
3. ¿Están relacionadas algunas de esas decisiones con tu salvación? De ser así, ¿por qué?

1. *El camino a Cristo*, p. 72.
2. *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 255, 256.

Dallas Estey, Firestone, Colorado, EE.UU.

Lunes
10 de agosto

De pie y presente

TESTIMONIO

Efesios 5: 8-13

Pedro estaba cursando estudios de postgrado. Tenía algunos amigos con quienes siempre almorzaba en la cafetería de la universidad. Aquellas ocasiones representaban un cambio de actividad en su programa escolar. Pedro era adventista y le agradaba compartir su fe en cualquier oportunidad que se presentara. Pero sus dos amigos tenían algo en común: les gustaba hablar de mujeres y de sexo extramarital. Consideraban esto último como algo placentero y aceptable, aun cuando los dos eran casados. Esta situación hacía que Pedro se sintiera incómodo. Él no podía permanecer tranquilo mientras sus amigos hablaban de su tema favorito.

Un día, uno de los amigos comentó que Pedro no aportaba ningún comentario cada vez que ellos conversaban del mismo tema. Pedro respondió diciendo: «Soy cristiano y estoy casado. Debido a que amo a mi esposa no considero apropiado hablar sobre ese tema». Ellos le respondieron que no se preocupara tanto, ya que su esposa no estaba por los alrededores. A lo que Pedro contestó: «Me gustaría que mi esposa supiera que la respeto tanto en público como en privado, ya sea que estemos juntos o no». La conversación continuó, lo que hizo que Pedro se sintiera peor. Por lo tanto decidió que lo mejor sería evitar la compañía de aquellos amigos.

En Efesios 4: 29, 30, Pablo les advierte a los cristianos que no deben sostener conversaciones poco edificantes. Al mismo tiempo, nos anima a expresar palabras que edifiquen a los demás, de acuerdo con las necesidades de ellos. Encontramos otra declaración aun más categórica en Efesios 5: 3-7. Allí se habla de que debemos vivir en una forma diferente a la del mundo porque hemos sido rescatados de las tinieblas.

«Entre ustedes ni siquiera debe mencionarse la inmoralidad sexual, ni ninguna clase de impureza o de avaricia, porque eso no es propio del pueblo santo de Dios. Tampoco debe haber palabras indecentes, conversaciones necias ni chistes groseros, todo lo cual está fuera de lugar; haya más bien acción de gracias. Porque pueden estar seguros de que nadie que sea avaro (es decir, idólatra), inmoral o impuro tendrá herencia en el reino de Cristo y de Dios. »

El mundo necesita hoy más que nunca, a hombres y mujeres de fe.

Representar a Dios implica que debemos asumir con decisión posiciones éticas, con cortesía y firmeza. Debemos defender la luz que se nos ha dado, no ásperamente, sino en una forma que apele aun a aquellos que no están de acuerdo con nosotros. Sin embargo, debemos recordar que hay ocasiones en que se nos puede mal interpretar, o en que seremos maltratados por causa de nuestra fe. Cristo experimentó todo esto, pero siempre se mantuvo de parte de la verdad como la brújula al polo. El mundo necesita hoy más que nunca a hombres y mujeres de fe.

PARA COMENTAR

1. ¿Cómo puedes representar a Dios en tu casa, en tu trabajo o en el medio que te rodea?
2. ¿Cómo reaccionas ante quienes nos desprecian a causa de nuestra fe?
3. ¿Qué puedes hacer con el fin de ser un mejor testigo por Cristo?

Jared Bosire, Mombasa, Kenia

¡Qué gran amor!

EVIDENCIA

1 Juan 3: 1

¿Qué clase de amor es este? *Potapos* es el término griego utilizado para expresar la frase «qué grande» o «qué manera». Dicha expresión no tan solo pide que se examine el tipo de amor mencionado, sino que implica un cierto grado de asombro. Quienes vieron a Jesús aquietar las olas del mar se preguntaban: «¿Qué clase de hombre es este»? El asombro de ellos no tenía que ver con la apariencia del Maestro. Más bien, se asombraban de que alguien pudiera aquietar las olas del mar. Juan se asombra del amor divino. Aunque sea im - posible entenderlo plenamente él nos exhorta a que a lo menos le echemos un vistazo, que lo contemplemos. Hay poder en ello.

Compara a 1 Juan 3: 1 con Juan 1: 12. El primer versículo señala que el «amor» que se nos prodiga nos convierte en hijos e hijas de Dios. Amor prodigado = Hijos de Dios. El segundo versículo revela que el «poder» que se nos concede nos convierte en hijos e hijas de Dios: Poder otorgado = Hijos de Dios.

Amor y *poder*, al ser considerados con cierta flexibilidad se convierten en conceptos intercambiables. En resumen, el amor de Dios es poderoso. Contemplémoslo a diario y seremos transformados en hijos de Dios: la transformación nos hará semejantes a él (1 Juan 3: 2). Eso es precisamente poder.

Satanás suscita dudas al hacer que nos preocupemos a causa de nuestras experiencias pasadas. Al hacerlo, permitiremos que dichas dudas rebajen nuestro concepto de lo que significa ser un hijo o una hija de Dios. Eso no implica examinar o contemplar el amor de Dios por nosotros. Más bien implica contemplar el amor que nosotros sentimos por Dios. Y ese tipo de amor nunca ha cambiado ni a una sola alma. ¿Debemos asombrarnos si nos desanimamos al contemplar nuestra experiencia pasada?

La esperanza nos purifica. Nos coloca en la senda correcta.

Esta idea es el meollo del resto de 1 Juan 3: confiar en algo mejor que lo que la vida nos ha enseñado. *Esperanza* es la palabra clave aquí. La esperanza nos purifica. Nos coloca en la senda correcta.

En Isaías 59: 17, Jesús aparece utilizando una coraza y un casco. ¿Por qué? En su papel de «cristo» (mesías o dirigente), su ejército de creyentes terrenales seguirá su ejemplo. Su coraza es la «justicia»; la nuestra es la «fe y el amor». Estas últimas son las cosas que Dios observa y acepta como atributos de justicia. El casco es la «salvación». La nuestra es una «esperanza de salvación». Esta esperanza de salvación protege nuestras vidas espirituales de golpes que pueden ser mortales, de la misma forma como lo haría un casco. Trata de confiar y de ser como él en todo momento con el fin de convertirte en un hijo o una hija de Dios. «El ideal que Dios tiene para sus hijos está por encima del alcance del más elevado pensamiento humano. La meta a alcanzar es la piedad, la semejanza a Dios».*

PARA COMENTAR

1. ¿Cómo reaccionas de golpe ante el término «perfección»? ¿Por qué?
2. ¿Por qué es la obediencia un factor clave en cualquier hijo de familia?

**La educación*, p. 18

Joe Kim, Baton Rouge, Louisiana, EE.UU.

Miércoles
12 de agosto

Asegurando tu herencia

CÓMO ACTUAR

2 Corintios 3: 2, 3; 1 Pedro 2: 9

El grado de preparación para la segunda venida es proporcional a la luz que los cristianos disfruten. Mucha gente tiene aun que ser adoptada en la familia de Dios porque todavía intentan participar de las cosas del mundo, olvidando que son sermones vivientes (2 Cor. 3: 2, 3). Para ser considerado como una buena misiva, debemos crucificar la naturaleza mundana para luego morar en Cristo. Únicamente entonces seremos aptos para convertirnos en miembros de la familia de Dios, recibiendo el privilegio de llamarlo «nuestro Padre». ¿Cómo es que se obtiene y se retiene el privilegio de ser considerado un hijo o hija de Dios y de invitar a otros a la celebración divina?

La fidelidad asegura la condición de realeza.

Permanece en Cristo. Lee Juan 15: 4-6. Morar en Cristo lo convierte a uno en un hijo o una hija de Dios y contribuye a que vivamos consecuentemente, contribuyendo así a atraer a otros a la familia de Dios. «El que permanece en mí dará mucho fruto». Somos «leídos» de forma continua (2 Cor. 3: 2, 3).

Sé fiel a los principios de la familia de Dios. Los miembros del real sacerdocio son gente especial (1 Ped. 2: 9) porque guardan los mandamientos de Dios y tienen la fe de Jesús (Apoc. 14: 12). Ser fieles a él nos convierte en miembros de la realeza; algo que mediante la fe nos permite «rechazar la impiedad y las pasiones mundanas. Así podremos vivir en este mundo con justicia, piedad y dominio propio» (Tito 2: 11, 12). La fidelidad asegura la condición de realeza.

Los hijos de Israel fracasaron al no representar apropiadamente a Dios a causa de sus malvadas quejas y de imitar al mundo hasta el punto en que no pudieron reconocer y recibir a Jesús (Juan 1: 11). Los hijos de Dios en esta generación no pueden darse el lujo de representar a Dios incorrectamente. Mediante su piedad deben hacer lo posible por vivir de acuerdo al mandato de ser la sal de la tierra.

«La gloria de la iglesia de Dios reside en la piedad de sus miembros; allí está el poder protector de Cristo. La influencia de los sinceros hijos de Dios puede ser considerada como de poco valor, pero se experimentará a través del tiempo, y será apropiadamente revelada el día de la recompensa. La luz de un cristiano genuino, brillando en continua piedad, con una fe sin vacilación, proveerá al mundo el poder de un salvador viviente. Cristo será revelado en sus seguidores como un manantial de aguas que mana para vida eterna. Aunque son escasamente conocidos por el mundo, ellos son reconocidos como el pueblo especial de Dios, sus vasos de salvación escogidos, sus canales a través de los cuales debe fluir la luz al mundo».*

PARA COMENTAR

1. ¿Qué cualidades de la familia de Dios demuestras en tu vida diaria?
2. ¿Hasta que punto permaneces en Jesús?

**The Advent Review and Sabbath Herald*, 24 de marzo, 1891.

Lawrence Kiage, Atlanta, EE.UU.

Aprendiendo a amar

OPINIÓN

Mateo 5: 39-48; 1 Juan 3: 1, 10

Caminaba para encontrarme con un amigo de la universidad. Transitaba por una calle bulliciosa con muchas tiendas y vagabundos que pedían limosnas. Contemplé a uno de ellos en una esquina. Era un hombre corpulento, estaba sentado en una silla de ruedas. Él trataba de zafar su mochila que estaba trabada en la silla. Me detuve a ayudarlo. Me dio las gracias y comenzamos a conversar. Se dirigía hasta una playa de estacionamiento en la misma calle. Me preguntó si podía darle un empujón hasta allá. Tratando de ayudar, y pensando que sería algo fácil, asentí. Conversamos acerca de nuestras vidas mientras yo maniobraba alrededor de los desniveles de la acera, de las grietas y de las curvas. Fue algo interesante y me sentí contenta de haber tomado el tiempo para ayudar alguien en necesidad.

Este asunto de «ayudar a mi hermano» se estaba saliendo de sus límites.

Sin embargo, este parecer pronto cambió. Al acercarnos a nuestro destino, el caballero decidió que deseaba ser llevado a una cafetería que quedaba «un poco más adelante en la misma calle». Yo me encontraba a varios minutos de distancia del lugar en que pensaba encontrarme con mi amigo, e iba a llegar tarde. ¿Qué se proponía aquel hombre al cambiar de idea cuando ya estábamos tan cerca del destino original? Sin lugar a dudas se estaba aprovechando de mi buena voluntad. Este asunto de «ayudar a mi hermano» se estaba saliendo de sus límites.

Poco a poco, mientras continuaba empujando aquella silla de ruedas, entendí lo que Jesús quiso decir al afirmar que no hay otro mandamiento de mayor importancia que amar a nuestro prójimo. Aquel hombre, a su manera, me estaba mostrando el tipo de amor que Jesús espera de parte nuestra. Un amor incondicional, que se ponga de manifiesto durante los tiempos buenos así como en los malos. Un amor que está dispuesto a correr la segunda milla, algunas veces de forma literal.

Me hizo preguntarme: ¿Amo en realidad a mi prójimo? ¿Lo haces tú?

PARA COMENTAR

1. Todos hemos sido hechos hijos e hijas de Dios mediante la reconciliación efectuada por Jesús. Por lo tanto somos hermanos y hermanas los unos de los otros. ¿Qué significa realmente ser hermano o hermana de alguien?
2. ¿Cómo puedes demostrar en forma activa el amor de Dios?
3. ¿Cuáles son algunas de las barreras que impiden mostrarle a la gente el amor de Dios? ¿Cómo podemos vencerlas?

Tanya Henry, Durham, Carolina del Norte, EE.UU.

Viernes
14 de agosto

Compañero de los ángeles

EXPLORACIÓN

1 Juan 3: 1

PARA CONCLUIR

Es sorprendente el hecho de que Dios nos haya escogido a cada uno de nosotros para ser hijos o hijas suyos. Esto suscita una pregunta: ¿Debo escoger convertirme en un miembro más de su familia? Recordemos que aceptar un lugar en la familia de Dios nos obliga a vivir de acuerdo a ese hecho. Afortunadamente, él nos enseñará cómo vivir conforme a dicha realidad. «En aquel que hace esto se efectúa una transformación del carácter. Llega a ser hijo de Dios, miembro de la familia real, hijo del Rey celestial. Está capacitado para ser compañero de los ángeles».*

CONSIDERA

- Confeccionar un «árbol genealógico» donde se muestre a la gente con la cual interactúas de manera regular. Piensa cuántas personas puedes impactar sin siquiera estar consciente de ello.
- Comparar y contrastar las formas en que puedes mostrar el amor de Dios a personas en específico que no son receptivas a métodos convencionales de testificación.
- Escribirle una carta a tu Padre celestial agradeciéndole por haberte escogido para que seas su hijo o su hija. Menciona cómo esto ha afectado tu vida.
- Preparar una lista de canciones cristianas o música cristiana contemporánea que mencionan el hecho de ser parte de la familia de Dios.
- Ofrecerte como voluntario o voluntaria para ser mentor de algún joven en tu comunidad. Esta puede ser una excelente manera de relacionarte con la comunidad que te rodea.
- Meditar en las formas en que el amor de Dios puede llenar tu vida con un gran aprecio por los demás. Piensa en las veces que has orado pidiendo paciencia, o más amor por los demás, y cómo Dios ha contestado tu oración.

PARA CONECTAR

✓ Romanos 8; 1 Juan 5: 1-3.

Palabras de vida del gran Maestro, pp. 277, 278.

Lynette Georgeson, Spokane, Washington, EE.UU.